

sido tan afortunado en favores femeninos como Pepe Hillo. Cierta es que en París, y en nuestro tiempo, Mazzantini y Angel Pastor no han podido quejarse de las damas. En Zaragoza la afición se pretende que viene de los romanos. Don Juan de Austria fué obsequiado allí con toros. A Felipe V le hicieron ver los aragoneses una corrida de noche en Cariñena. Los narros, entre un són de violín de Sarasate y un do pectoral de Gayarre, toros, y ello viene de antaño. Soria, en sus fiestas de las Calderas, pues toros. Valencia, florida y armoniosa de colores y cantos, tenía ya toreros en tiempo de D. Alfonso el Sabio. Y entre sus célebres aficionados cuentan á un conde de Peralada y Albaterra, D. Guillén de Rocafull. Y hasta en la España del Norte, en la España gris, aun cuando la Naturaleza proteste, la afición procura su triunfo, y bajo el cielo empañado, en la tierra donostiarra, toros.

No obstante, hay apasionados de la lidia que lamentan la decadencia torera; dicen que hoy no existe el «amor al arte», que los espadas son simples negociantes, y los ganaderos, así sean descendientes de Colón, dan, como dice Pascual Millán, notable taurógrafo, «toros raquícos, sin sangre, sin bravura y sin trapío».

Decadentes ó no decadentes, los toros seguirán en España. No hay rey ni Gobierno que se atreva á suprimirlos. Carlos III tuvo esa mala ocurrencia, y luego se vieron sus efectos. Jovellanos, en su carta á Vargas Ponce, no tuvo empacho en sostener que la diversión no es propiamente nacional, porque Galicia, León y Asturias han sido muy poco toreras. ¿Qué gloria nos resulta de ella? exclamaba. ¿Cuál es, pues, la opinión de Europa en este punto? Con razón ó sin ella, ¿no nos llaman bárbaros porque conservamos y sostenemos las fiestas de toros? Negó el valor á los toreros y proclamó su general estupidez fuera de las cosas de la lidia. Sostuvo el daño que ésta producía á la agricultura, pues cuesta más la crianza de un buen toro para la plaza que cincuenta reses útiles para el arado, y á la industria, pues los pueblos que ven toros no son, por cierto, los más laboriosos. En cuanto á las costumbres, el párrafo que dedica á la influencia de los toros en ellas quedaría perfecto al insertarse en un capítulo del *Cristophe Colomb devant les taureaux*, de Léon Bloy. Hay una muy bien meditada página del cubano Enrique-José Varona sobre la psicología del «oreo», en que encuentra la base humana del gusto por esas crueles diversiones en el sedimento de animalidad persistente á través de la evolución de la cultura social. La teoría no es flamante; y antes que sostenida por argumentos científicos, estaba ya incrustada en la sabiduría de las naciones.

Pero si no hay duda de que colectivamente el español es la más clara muestra de represión á la fiereza primitiva, no hay tampoco duda de que en cada hombre hay algo de español en ese sentido, junto con el de la perversidad, de que nos habla Poe. Y la prueba es el contagio, individual ó positivo; el contagio de un viajero que va á la corrida llevado por la curiosidad en España, ó el contagio de un público entero, ó de gran parte de ese público, como el de París ó Buenos Aires, en donde la diversión se ha importado, corriéndose el riesgo después si la curiosidad es atraída primero por el exotismo, venga después la afición con todas sus consecuencias.

En América, no creo que en Buenos Aires, á pesar de lo numeroso de la colonia española y de la sangre española que aún prevalece en parte del elemento nacional, el espectáculo pudiese sustentarse por largo tiempo; pero pasada la cordillera, y en países menos sajonizados que Chile, el caso es distinto. Desde Lima, Guatemala y México, queda aún bastante savia peninsular para dar vida á la afición circense.

En cualquier pueblo, dice Varona, sería funesto para la cultura pública espectáculo semejante, entre los españoles y sus descendientes, infinitamente más. Las propensiones todas de su carácter, producto de su raza y de su historia, los inclinan del lado de las pasiones violentas y homicidas. Por lo que á mi toca, diré, que el espectáculo me domina y me repugna al mismo tiempo,—no he podido aún degollar mi cochinillo sentimental.

Puesto que las muchedumbres tienen que divertirse, que manifestar sus alegrías, serían más de mi agrado pueblos congregados en sus días de fiesta en un doble y noble placer mental y físico, escuchando, á la griega, una declamación bajo el palio del cielo desde las gradas de un teatro al aire libre; ó la procesión de gentes, hombres y mujeres y niños que fuesen, en armoniosa libertad, á cantar canciones á las montañas ó á las orillas del mar. Pero puesto que no hay eso, y nuestras costumbres tienden cada día á alejarse de la eterna poesía de las cosas y de las almas, que haya siquiera toros, que haya siquiera esas plazas enormes como los circos antiguos y llenas de mujeres hermosas, de chispas, de reflejos, de voces, de gestos.

Créame el nunca bien ponderado doctor Albarracín, que mis simpatías están de parte de los animales; y que entre el torero y el caballo, mi sensibilidad está de parte del caballo; y entre el toro y el torero, mis aplausos son para el toro.

No sería yo quien batiese palmas el día que España abandonase esos hermosos ejercicios, que son una manifestación de su carácter nacional.

No olvidaré la impresión que ha hecho en mí una salida de los toros; fué en la última corrida.

El cleaje de la muchedumbre se desbordaba por la calle de Alcalá; cerca de las Cibeles pasaba el incesante destile de los carruajes; la tarde concluía, y el globo de oro del Banco de España reflejaba la gloria del poniente, en donde el sol, como la cola de un pavo real incandescente, ó mejor, como el varillaje de un gigantesco abanico español, rojo y amarillo, tendía la simétrica multiplicidad de sus rayos unidos en un diamante focal. Los ojos radiosos de las mujeres chispeaban tempetuosamente bajo la gracia de las mantillas; vendedoras jóvenes y primaverales pregonaban nardos y rosas; flotaba en el ambiente un polvo dorado, y en cada cuerpo cantaban la sangre y el deseo el himno de la nueva estación. Los toreros pasaban en sus carruajes brillando al fugaz fuego vespertino; una música lejana se oía, y en el Prado estallaban las risas de los niños, y comprendí el alma de la España que no parece, la España reina de vida, emperatriz del amor, de la alegría y de la crueldad; la España que ha de tener siempre conquistadores y poetas, pintores y toreros.

¡Castillos en España! dicen los franceses. Cierto: castillos en la tierra y en el aire llenos de leyenda, de historia, de música, de perfumes, de bizarría, de color, de oro, de sangre, de hierro, para que Hugo venga y encuentre en ellos todo lo que le haga falta para labrar una montaña de poesía; castillos en que vive Carmín y se hospeda Esmeralda, y en donde los Gautier, los Musset y los artistas todos de la tierra pueden abrebarse de los más embriagadores vinos de Arte. Y en cuanto á vos, D. Alonso Quijano el Bueno, ya sabéis que siempre estaré de vuestro lado.

Rubén Darío.

DON RAMIRO

Doña Clara, doña Clara,
Tú, mi amor de tantos años,
has resuelto mi ruina;
sin piedad la has decretado.

Doña Clara, doña Clara,
no es la vida don infausto;
pero es triste y horroriza
del sepulcro el negro mármol.

Regocíjate: mañana
al altar vas con Fernando.
Dí: ¿me invitas á tu boda
y á la muerte que presagio?»

—«Don Ramiro, don Ramiro,
tu rigor es más amargo
que el rigor de las estrellas
que me mofan con su fallo.

Don Ramiro, don Ramiro,
sella, pues, los tristes labios;
que en el mundo hay muchas bellas
y Dios quiere separarnos.

Vencedor, que de los moros
conseguiste triunfos tantos,
triunfa ahora de tí mismo
y á mi boda ven. Lo mando.»

—«Doña Clara, doña Clara,
yo te juro por Dios Santo,
que á bailar vendré contigo.
Buenas noches. Ya he jurado.»

—«Buenas noches.» La ventana
rechinó. Tras largo rato
se perdió al fin en las sombras
Don Ramiro suspirando.

Y también al fin la noche
de la luz se rinde al astro,
y Toledo se dilata
de jardines circundado.

Ante el sol naciente brillan
regias casas y palacios,

Del alemán por HEINE

y la cúpulas y templos
aparecen cual dorados.

Y repican cien campanas
desde ingentes campanarios,
y trascierden de los templos
las plegarias y los salmos.

Pero ved! El pueblo llena
la Capilla del mercado,
y ya sale cual torrente
plaza y calles inundando.

Caballeros, ricas hembras,
muchedumbre de criados,...
y secundan las campanas
de los órganos los cantos.

Hecha calle de curiosos,
los esposos van gallardos;
ella ostenta negro velo,
y él su arnés de más ornato.

De ventanas y balcones
salen vítores y aplausos:
¡Viva el sol de las doncellas!
¡Viva el rey de los hidalgos!

Acompáñalos el pueblo
del esposo hasta el palacio;
y, á la antigua usanza, asombran
estas nupcias por su fausto.

Juegos nobles, rica mesa,
se suceden sin descanso,
y la noche viene á prisa
nuevas fiestas preparando.

Para el baile se dirigen
al salón los convidados,
que un ejército de cirios
arde ya en los candelabros.

Don Fernando va cual rey
de oro y púrpura con manto;
Clara irradia su hermosura
en nupcial vestido blanco.

Servidumbre forma en torno
de eminente y rico estrado,
y ambos novios se colocan
de marfil en regio escaño.

Y en la estancia hay gran estruendo,
tempestad que agita un lago,—
y rimbomban los timbales
con redobles de entusiasmo.

—«Mas ¿por qué, Clara, tus ojos
hace tiempo están clavados
al extremo de la sala
en aquel obscuro espacio?»

—«¿No ves, tú, querido esposo,
allá un hombre en negro manto?»
Y risueño el novio exclama:
—«Una sombra ves acaso.»

Mas la sombra se aproxima,...
y es un hombre en negro manto;...
Clara vé que es Don Ramiro
y descende á saludarlo.

En la sala hay gran tumulto,
pues la danza ha comenzado;
y retiembla el suelo y cruje,
porque están todos bailando.

—«Yo gustosa, Don Ramiro,
á la danza te acompaño;
mas venir nunca debiste
de nocturno negro manto.»

Don Ramiro la contempla
con los ojos apagados;
y, al ceñirle el talle, exclama:
—«Tú que venga me has mandado.»

Y en el loco torbellino
de la danza giran ambos,
y rimbomban los timbales
con redobles de entusiasmo...

—«Son de nieve tus mejillas,»
Clara dicele temblando:
él repite como un eco:
—«Tú que venga me has mandado.»

En los lirios hay eclipses
cual si fueran fuegos fátuos;
y, sin ritmo los timbales,
de la danza son escarnio.

Clara dice ya convulsa:
—«Como hielo son tus manos;»
y él con voz responde bronca:
—«Tú que venga me has mandado.»

—«Déjame, Ramiro, suelta;
de cadáver echas vaho;
¡Ay! que hueles á difunto!!!»
—«Tú que venga me has mandado.»

Y del piso salen llamas;
los timbales son el caos;
y con vértigos los muros
vueltas dan como embriagados.

—«Déjame, Ramiro, sueltall!...»
y en el aire mientras tanto
la respuesta se oye siempre:
—«Tú que venga me has mandado.»

—«Vete, vete, vete al punto
en el nombre de Dios santo!!»
Y Ramiro desaparece
sin dejar sombra ni rastro.

Clara cae como difunta
en hondísimo desmayo;
y al volver abrir los ojos,
sólo fué para cerrarlos.

Que ella estuvo todo el baile
sin moverre del escaño;
y aun se sienta junto al novio,
quien la mira consternado

—«¿Por qué estás como la cera
con la turbia vista en blanco?»
—«¿Y Ramiro?» gime Clara,
epilépticos los labios.

Mas el novio, cejijunto,
ruge en voz que infunde espanto:
—«Por la sangre no preguntes
de quien ya reposa en mármol.»

LABOR DE PENÉLOPE

Leed los periódicos. ¿No os irritan sus vueltas á la noria de ideas generales, de abstracciones descoloridas, de incertidumbres jaquecosas?—Porque á mí sí; á mí me da rabia este patrón de *actualidad* sin actualidad. Ocurre lo de Motril; se habla de ello un día—*actualidad*, según la entienden los sacerdotes del periodismo,—y luego se deja. Vienen los sucesos de Jerez; se le dedica el consabido artículo *caliente*, y asunto terminado...

Pero ¿y el sentido de caridad, que es la sola, la única, la divina fuerza del periodismo? ¿Y el apoyo á los débiles, que es el conjuro por el cual la Prensa lo puede todo? ¿Y la honradez interior, que al estamparse en las cuartillas sale purificada y obra el milagro estupendo de que un hombre malo y sin virtud haga el apostolado de un hombre de bien?—Saltáis por encima de las cosas y de los hombres, persiguiendo una *actualidad* sin hombres y sin cosas. Creéis ser los prácticos y los útiles; os burláis de los que tenemos un ideal sin nombre, y sois vosotros los que tenéis un nombre, *actualidad*, sin ideal alguno. ¿Cómo si no ibais á dejar la batalla del problema *jornalero*? ¿Cómo si no ibais á saludar alborozados el decreto de Urzáiz—que exige la *oposición* para ser empleado de Hacienda—y el decreto de Romanones—que *anula la oposición* para ser inspector de enseñanza?—¿No habéis visto que son contradictorios?

Y la obra reformista de Weyler, que, de un lado, cierra las Academias de Trujillo, del Escorial y de

Jatafe para que las clases de tropa no aumenten la oficialidad, y de otro asciende á oficiales á muchos sargentos, ¿no es una labor que se contradice?

¿Qué son estos decretos reformistas de ahora, como los de antes, como los que vengan después, si no el eterno tira y afloja que pudre todo nuestro sistema político? ¿Qué son si no una labor infructuosa, un esfuerzo inútil? ¿Qué son si no el estúpido trabajo de Penélope?

* * *

No, no escribo *contra los periodistas*; yo soy uno de tantos; yo creo que en este oficio hay más honradez y más amor que en todos los demás, y si en mi mano estuviera obligaría á todo el mundo á que los respetara, porque merecen respeto y cariño. Pero me duele mucho esta vieja rutina odiosa de los periódicos, esta falta de orientación y de derechura. Se ve en la labor periodística una indigna incertidumbre, un tejer y destejer que avergüenza.—Y voy á probarlo.

Quando lo de Motril, se inició una campaña que parecía el cuento de nunca acabar. Todos los periódicos, hasta los reaccionarios, convinieron en que el problema *jornalero* era el más grave, el de más enjundia de los problemas sociales contemporáneos... Pues á los dos días, se olvidó en absoluto.—Diréis que el periódico no puede estar un mes tratando un asunto. Pues yo digo que sí puede. Y digo más; que campaña periodísticas como la de, crimen de la *calle de Fuencarral*

como la de los artilleros del Nervión, como esta misma campaña anti-jesuítica, duraron más de un mes y no tenían, ni con mucho, la importancia que tiene este problema de los jornaleros.

Siendo esto así—y lo es, á todas luces—¿por qué habéis dejado de hablar de ese problema? ¿Por qué no habéis seguido pidiendo pan y trabajo para aquellas tribus esclavas? ¿Por qué no condenais estos códigos, amparadores del rico y eternos verdugos del pobre?—Hablad, empresas. No lo hacéis porque aquellas pobres gentes olvidadas ni están en Madrid, ni brillan en el salón de Conferencias, ni vienen escuchadas por un senador, ni sin gremios poderosos, ni forman sociedades temibles. No lo haceis porque aquellos infelices no compran miles de ejemplares de vuestros periódicos. No lo haceis porque los jornaleros no dan subvenciones, ni regalan actas á vuestros amigos, ni proporcionan empleos á vuestros paniaguados, ni contratan á vuestras queridas. No lo haceis, porque aun no han atropellado vuestras redacciones...

Triste labor la vuestra... En el suelo español, las cortijadas llenan

miles de kilómetros; pasan de *ocho millones* los jornaleros del campo; son incontables los dolores que sufren en el otracismo de los barbechos; son poderosas las fuerzas perdidas en las faenas del cortijo. ¿Por qué no llegais hasta ellos? ¿Por qué no fecundizais, con vuestros poder apostólico, esa redención tan justa?

La fuerza de la costumbre, os mata; la holgazanería madrileña os tiene puestos grillos en la voluntad; y entre esta vida de perfumados parlanchines, vuestra conciencia desmaya, en el dulce calor de un despacho lujoso...

Se os presenta, por la misericordia de Dios, aquel *punto de contrición* que salvó á nuestro legendario Tenorio; si os encaminarais á liberar al jornalero, los que os empujamos en la vida perdonaríamos todos vuestros pecados; y este nuevo Jordán os lavaría de tanta mancha como llevais sobre vosotros.

Pero, sois como las cortesanas impenitentes. A ellas, el relumbrar de un diamante las hace volver al lecho de alquiler; á vosotros, el orgullo de un acta os quitará el sentido...

Cristóbal de Castro.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La responsabilidad ante el Parlamento, por Miguel Jiménez Aquino.

Jiménez Aquino es bien conocido ya en el campo literario; sus versos le dieron puesto de honor entre los jóvenes poetas andaluces, y *Sus ensayos glosológicos* gran fama como hábil conocedor de los secretos de nuestro idioma.

Su nuevo libro lo coloca á la altura de los grandes estadistas extranjeros, y en otro país más culto que el nuestro hubiéranlo llevado á sentarse, por derecho propio, en las Cámaras representativas.

Casi todos los periódicos extranjeros han dedicado extensos y merecidos elogios al nuevo libro del autor del *Sauce*. Sólo la prensa española, la gran prensa, la que nos va á traer las gallinas de la regeneración, ha permanecido muda, y cuanto más se ha dignado dedicarle unas cuantas y desplacentes gacetas. No cabe duda que así, con periódicos tan cultos y que se preocupan tanto del movimiento intelectual, vamos camino de una nueva y progresiva era de gloria. A pesar de que vale más que esos diarios se callen, pues su elogio suele ser verdaderamente peligroso. Damos, pues, en este sentido la más expresiva enhorabuena al estudioso autor de *La responsabilidad ante el Parlamento*.

ESPEJO DE CORTESANAS

3 de Marzo.

¡Pobre Carolina! Hoy, después de almorzar, en la penumbra tibia del comedor ocurrióseme hablarla de mi hermanita.

—¿Qué edad tiene? — me preguntó.

Y cuando la respondí: «Catorce años», sus ojos se entristecieron. Las chispas doradas que constelan sus oscuras pupilas, las chispas que brillan en su mirada y que flotan en el ambiente cuando ella se fija en algo, apagáronse de pronto... Buscándolas en vano, creí que se habían ahogado en una lágrima.

—¿Qué tienes, Carolina?

Nada...; no respondía nada... Inmóvil cual una estatua, con los labios apretados y las manos quietas sobre el mantel — blancas cual el mantel — permanecía silenciosa.

—¡Carolina! — continué. — ¡Carolina!... ¡Carolina!...

En verdad, casi no sabía qué decirle. Viéndola triste, me entristecí yo también, y hasta llegué á figurarme que había hecho mal en confesarle la edad de mi hermanita. Si me hubiera interrogado de nuevo, hubiérala respondido: «No... no tiene catorce años...; no recuerdo su edad...»

Al fin, volviéndose bruscamente acia mí, me dijo:

— Yo también tuve catorce años... Sus ojos se entristecieron más aún.

— ¡Hace mucho tiempo!

No fui yo, sino ella misma, quien dijo eso de «hace mucho tiempo».

— ¡Hace mucho tiempo!... Porque ahora ya casi soy vieja!...

¡Cuánto me hizo sufrir semejante frase! ¡Vieja ella!... ¡Ella, que apenas tiene treinta años y que es la más linda mujer del mundo, la más linda artista del mundo, la primera á quien los hombres llamaron «la Bella», la bella por autonomasia, la Bella Montero, la que simboliza bailando, cantando, sonriendo, toda la gracia del más admirable país de Europa; ella, que es la española sin rival!... No...; ¡Cómo se reiría todo París si la hubiera oído decir: «Ya soy vieja!» Ella misma comprendió que había expresado una idea ridícula, pues continuó:

— No tanto como Eliana de Pigny y como otras muchas ilustres compañeras mías; pero, en fin..., ya tengo más de treinta años.

(¡Coqueta! Tienes cinco más.)

— No hablemos de eso, Carolina.

— ¿Por qué? — preguntóme volviéndose hacia mí y mirándome fijamente con sus ojos apagados.

— Si no te digo á ti la verdad, no tengo á quién decírsela. Tú eres

todo para mí: tú eres mi familia, mi amor... Los demás me dan asco... Tú no puedes quererme como yo te quiero.

— ¡Oh! ¡Carolina!

No; porque tú tienes, además de mí, una hermanita...

— No — la aseguré; — no, no...

En mi deseo de complacerla, hubiérale jurado que no tenía ni padre, ni madre, ni hermana; que sólo la tenía á ella.

— Es imposible querer más que yo... — principió.

Me interrumpió:

— ¡Ah! . ¡Cuando yo tenía catorce años!

Luego, como hablando consigo misma, continuó:

«Yo era muy pequeñita, muy pequeñita... Los chicos de mi pueblo me decían «la monterña», y los domingos por la tarde, cuando jugábamos en el campo, todos me alababan en vilo como una muñeca... Y era muy pobre... ¿Por qué lo he de negar?... Era la más pobre de todas..., á pesar de que *allá* nadie tiene mil pesetas... Tú no conoces mi pueblo, mi rinconcito de montaña gallega, verde como una esmeralda, fresco cual una maceta... ¡Si lo conocieras! Con lo que cuesta uno de mis collares lo podría comprar todo, casas y habitantes... Un día iremos juntos; ¿quieres?... Dime que sí, rico. Iremos en landó, en automóvil mejor, para asustar á mis paisanos, y en la noche repararemos piezas de oro en la plaza del ayuntamiento...»

El timbre eléctrico de la entrada le cortó la palabra. Púsose de pie, entreabrió la puerta del co-

medor, y dijo al lacayo, que iba á abrir:

— No estoy en casa para nadie... ni para el señorito.

Mas no era un importuno, sino un despacho. Carolina lo leyó atentamente, con despacio, con pereza; y luego, arrojándolo sobre la mesa, exclamó:

— ¡Perra vida!

Leí: «Paloma, te es oero á las cuatro en el Gran Hotel para que vayamos á casa del joyero. No voy en persona á buscarte porque tengo que pasar á casa de mi banquero. Mil besos en todas partes. — Nicolaff.»

— ¡Nicolaff! — murmuré.

— Sí, el duque; yo le digo Nicolaff porque se llama Nicolás Baranaff... ¡Y nosotros, que estábamos tan bien aquí solitos!... Di... ¿me quieres mucho?... Pero ¿mucho?

Y como yo me acercaba más para probarla que sí, que la quería mucho, mucho, mucho; que la quería y que sufría, ella exclamó:

— ¿Qué te gusta más, un diamante ó un rubí?... Un diamante... eso es... Pero márchate en seguida... Vete, rico, amor... Vete... Hasta mañana...

4 de Marzo.

«¡Hasta mañana!» Hoy no la he visto, sin embargo... Tal vez esta noche.

5 de Marzo.

Tampoco la vi anoche; tampoco la he visto hoy... Solo en mi cuarto, solo con mis penas, solo con su recuerdo, ¡solo! paso las horas interminables desojando ideales mar-

garitas y preguntándome si me quiere ó no me quiere. «Sí, no; sí, no»...

A veces trato de sonreirme á mí mismo para poderme decir, sin emplear frases pomposas, lo que podría ser la verdad. «Chico sensitivo y quimérico— me digo—haces mal en padecer. Que te quiera ó que no te quiera, lo mismo da, puesto que sus labios son tuyos. No te atormentes. Respira las rosas de sus senos, embriágate con el perfume de su cuerpo, liba en sus labios— en todos sus labios— la miel suprema del placer, y deja las sutilezas y las cavilaciones para los psicólogos profesionales. Goza de los minutos presentes, y no los envenenes con dudas insensatas. Puesto que ella te dice que te quiere, es porque en realidad te quiere. Y aun en el caso de que no te quiera, ¿qué te importa, puesto que hace como si te quisiera?»

La dulce ironía de mis discursos epicúreos no logra, empero, vencerme. Cuando no la veo, sufro, y deseo verla—¡y sufro de nuevo!— Ella es todo para mí: es mi idea fija, cruel y suave á la vez. Muy á menudo, creyendo no pensar en nada, me sorprende á mí mismo pensando en ella, acariciándola con la imaginación, analizando sus más insignificantes palabras, recordando, embebecido, las nimiedades más nimias de su carácter. «¡Es muy buena!» — me digo; — y en el acto se amantonan en mi memoria sus ternuras y sus piedades. Me acuerdo de que una tarde, volviendo del Bosque, detuvo su carruaje para dar una limosna al ciego de

la esquina; me acuerdo de la noche en que, creyéndome enfermo, se echó á llorar entre mis brazos... Y todo toma en mi mente proporciones épicas.

Otras veces, por el contrario, la creo falsa, la creo mala, la odio; y odiándola la quiero más aún.

Ahora mismo, por más que hago, no logro verla sola: el duque está con ella... ¿En dónde?... Dios sabe... En donde anteayer estaba yo, sin duda; en su *boudoir*, en su nido, en el santuario de sus pasiones, en el pebetero de su aliento; en aquel *boudoir*, donde todo convida á amarse; en donde los divanes son muelles y atractivos; en donde el suelo mismo, cubierto de blandas pieles, es un lecho de amor; en donde las telas de las cortinas parecen conservar en sus pliegues murmullos de besos, olores de carne, partículas de lujuria; en donde la atmósfera, pesada y enervante, es un baño diabólico; en donde las moscas, al volar á través de los rayos de luz que se filtran por entre las colgaduras, siempre cerradas, de la ventana, se irisan de tonos verdes de cantárida...

Sí, allí les veo á ambos: ella, siempre admirable; él...

...¿Cómo es él?

— ¡Un viejo más feo! — me responde Carolina cuando se le pregunto.

Pero ¿rubio ó moreno? ¿Frío? ¿ardiente? ¿vicioso?... En su telegrama de ayer una frase me hizo daño: «Mil besos en todas partes». Es decir, en el rostro y en el cuerpo. ¡Virgen santa, cuánto sufro!

6 de Marzo.

Carta de Carolina:

«Mi amor, mi vida: no creas que tengo la culpa yo. Es la perra existencia la que me obliga á abandonar-te durante tantas horas, durante tantos días. Porque yo me figuro que ya hace un mes que no nos

vemos. Dime que sí, que ya hace un año, y que tú también te sientes triste, y quieres verme y besarme y morderme. Yo tengo hambre de ti; te quiero comer, rico. Creo que mi viejo se va esta noche. Ven á las doce. Te adoro, mi amor, mi vida. — Tuyita,

Carolina.»

Enrique Gómez Garrillo.

Flores de ensueño.

Con las manos cruzadas sobre el pecho entre nubes de encajes mal velado, por el tibio alabastro de los hombros, con flotantes cabellos destrenzados, pálida como mística azucena que se marchita en el jardín del claustro, la virgen duerme.

Oculto entre la púrpura del rico lecho de marfil y sándalo, el Angel del Pudor vela su sueño con el índice puesto sobre el labio.

Ensueño azul:

El Hada de la Dicha descende de los cielos en su carro —un gigantesco caliz de magnolia por dos gallardos cinifes tirado—, y la conduce á los floridos bosques del misterioso reino del Encanto. Allí florecen lirios que son rostros de rubios serafines; en sus lagos, eternamente azules, bogan cisnes de nieve y de ilusión; ritma sus cantos el ruisenar en la frondosa orilla; los cien ojos floridos de su manto abre el pavo real con regia pompa; y en medio del jardín alza un palacio sus altos muros de marfil y oro, por dragones de fuego vigilados, donde las magas del amor preparan

sus venenosos filtros encantados y las princesas de los viejos cuentos mueven la rueca, su cariño hilando.

Ensueño rojo:

En el jardín de Marta, á la luz moribunda del ocaso, contempla los fulgores que despiden las ricas joyas del collar de Fausto. Y siente que sus párpados se cierran y los besos florecen en sus labios... Y ve como entreabre su corola á las bruscas caricias de un abrazo —hostia sagrada en el altar de Venus— un misterioso lirio ensangrentado... Con las manos cruzadas sobre el pecho entre nubes de encaje mal velado, por el tibio alabastro de los hombros los flotantes cabellos destrenzados, pálida como mística azucena que se marchita en el jardín del claustro, dormida está...

De pie, en la cabecera del rico lecho de marfil y sándalo, recorriendo el purpúreo cortinaje, Satanás ríe; y á sus pies postrado el Angel del Pudor, suspira y llora con la cabeza oculta entre las manos.

Francisco Villaespesa.

LIBROS RECIBIDOS

España contemporánea, por Rubén Darío.

Idolos rotos, novela de Manuel Díaz Rodríguez.

El triunfo del ideal, novela de Pedro César Dominici.

O Cântico da Vida, poema del poeta portugués Días d'Oliveira.

De todos nos iremos ocupando en números próximos.

REVISTAS

Juventut, semanario catalanista de Barcelona. Interesante y batallador.

Revista Nova, importante y valiente publicación que acaba de aparecer en Lisboa y donde colabora toda la juventud inteligente del reino hermano. Su primer número basta para colocarla á la cabeza de las primeras de Europa.

El contraste no puede ser más desastroso.

Fuera, todo avanza; se desprecia la banalidad retórica; compréndese la misión del arte, reivindicando sus derechos, acertando en sus deberes; trabájase con el espíritu para una gran cosecha de almas como se trabaja con el brazo para una buena sementera de trigo; la pluma es ya aquella *bon et málle outil, bon aux fortes mains*, de que habló un hombre que conocía su peso y fué valiente batallador de una causa perdida, Luis Veuillot; generaciones enteras caminan para la batalla de las ideas con el gran estímulo de una voz nacional, que suena como una voz maternal y les manda avanzar contra todo lo existente; los países pequeños y esclarezados tienen esas voces: Suecia tiene á Ibsen, y Polonia á Sienkiewicz, España á Galdós, y sólo en Portugal, como si fuera Marruecos, no se encuentran voces que traduzcan, en un esfuerzo igual de arte, esos pensamientos de que ya se encuentran poseídos los países intelectuales, esos robustos principios que ya se vulgarizan fuera de nosotros, ejerciendo su bendita misión educadora, satisfaciendo almas y formando caracteres.

Aquí, ni los escritores consagrados ni los jóvenes cumplen con su deber. Ni unos ni otros—esta es la verdad—se preocupan de otra cosa que no sea el culto de su vanidad y de sus intereses: Los consagrados, que al principio habían comenzado por adaptar á su arte las ideas de sus tiempos, hoy anquilosados por sus glorias, viven en la más completa indiferencia, y bien puede arder Troya, á ninguno de ellos arrancará de su quietud beatífica. ¿Cuál de esos viejos escritores imita, por ejemplo, á Zola, subordinando siempre su poderosa inteligencia á los ideales modernos?

Entre los otros, los que forman en literatura, la segunda, tercera y cuarta clase, no se piensa más que en conseguir la protección de los consagrados á costa de los mas deshonrosos servilismos. Cópianse los antiguos procedimientos; háblase un lenguaje inexpresivo, ya para los oídos que reclaman otra audición; exprímese las mismas ideas de treinta ó cuarenta años. No hay originalidad, no hay viveza, ni aun ese espíritu de acometividad. Eça de Queiroz, caracterizó bien este estado juvenil, diciendo que los que le sucedían tenían aire de caminar apoyados en muletas. Ahora es peor: se arrastan. El inválido es hombre; los reptiles nunca lo serán.

Delante de un público que ya conscientemente requiere ideas verdaderas y sentimientos auténticos, álzase, pues, esa literatura amorfa, incarácterística, vacía é inmoral. Alguno que otro esfuerzo generoso ha caído como una piedra en este pantano. Mas falta cohesión á todos esos intentos aislados, puesto que de parte de los viejos impenitentes y los nuevos astrados y mediocres se ha formado una barrera infranqueable de elogio mutuo, de auxilio mutuo, é igualmente de silencio mutuo sobre la aparición de esas claridades, porque el silencio es también una despreñable justificación de los caracteres viles y de las almassecas.

Tal es la situación del arte portugués—llamémosle así—á principios de este siglo predestinado.

Seleccionemos los caracteres, purifiquemos el arte, y después podremos batirnos con valor; principios contra principios. Las plumas no son ganzúas de rateros ni puñales de *condotieri*: son espadas para esgrimir las en los buenos combates, noblemente, á la luz del sol.